

penetrara todos los arcanos que le rodeaban, pero sin ruido, y tratando al padre de la emperatriz con muchos miramientos, dándole espacio para cortar en Dresde, adonde iba á emprender la marcha, el nudo gordiano que no se podía desatar en Viena. Al mismo tiempo escribió á París á Mr. de Basano para que participase al príncipe de Schwartzberg las noticias recibidas, pidiéndole cuenta de la extraña contradicción existente entre sus palabras y los hechos sobrevenidos en Cracovia. Efectivamente el príncipe de Schwartzberg había dicho á Napoleón que el conde de Frimont ejecutaría sus órdenes al punto, y sin embargo, á la sazón todo anunciaba lo contrario.

Por lo demás, asuntos eran para Napoleón de escasa monta. A todos estos embarazos, á todas estas astucias, se proponía poner término pronto, desembocando seguidamente en Sajonia á la cabeza de doscientos mil hombres por todas las avenidas de la Turingia. Apenas llegado á Maguncia, empleó allí su tiempo con aquella actividad y aquella inteligencia sin iguales, que le constituían el primer administrador del mundo. Aunque fuera el más obedecido entre los hombres y el que mejor mandaba sin duda alguna, aunque no hubiese perdido un instante, se notaban en los resultados obtenidos numerosos engaños. A pesar de la orden terminante de no enviar de los depósitos más que destacamentos bien organizados, bien vestidos, bien armados; á pesar de la presencia del duque de Valmy en Maguncia y de su infatigable celo, aún carecían todos los cuerpos de mucho material y especialmente de oficiales. Pero diez ó quince días de trabajo sobre el terreno bastaban á Napoleón para enmendarlo todo.

Hubo de empezar por el dinero, del cual se hallaba enteramente desprovisto. Con efecto, interpretando la tesorería con demasiada rigidez la orden de centralizar las arcas en Magdeburgo para ponerlas á resguardo de las sorpresas de la guerra, no había dejado fondos en Maguncia. Por esta sola circunstancia se hallaban pendientes muchas operaciones administrativas. Napoleón hizo que se remediara este yerro. Además llevaba consigo su caja particular, sin noticia de ninguno de sus cooperadores, y de allí sacó lo que necesitaba para las urgencias imprevistas, frecuentísimas siempre en la guerra. Aún aguardaban ser indemnizados los oficiales de línea ó de la guardia, vueltos de Rusia tras de perderlo todo; se les satisfizo sin demora. Muchos destacamentos llegaban día tras día, unos con una simple levita, otros con todo su vestuario, pero sin tener completo el armamento, por no hallarse aún fabricados los objetos que les hacían falta, ó por estar en camino detrás de los respectivos cuerpos. Especialmente los regimientos provisionales, compuestos, según se ha dicho, de los batallones desparramados, por falta de una administración común, se encontraban peor provistos que todos. No tenían banderas, ni música, ni á veces los objetos de equipo más indispensables. De oficiales carecían estos regimientos, y particularmente los de las cohortes, mandados casi en totalidad por los oficiales sacados de la antigua reforma. Llegado había el material de la artillería en cañones, mas no lo siguieron los arneses y otros muchos objetos. Insuficiente era el número de los caballos de tiro. Como era fácil preverlo, se hallaba la caballería más atrasada que todas las

armas. Independientemente de la que el general Bourcier organizaba en Hannóver con caballos sacados de Alemania y con hombres vueltos de Rusia, recogía el duque de Placencia en los depósitos del Rin cuanto estuviera pronta para el servicio, y debía llevarla al grande ejército en regimientos provisionales; y aquí también constituían los caballos la dificultad de más bulto.

A todo proveyó Napoleón con su actividad y su dinero contante. Oficiales enviados de todos lados iban á acelerar el paso de cuanto había quedado por los caminos, pagando y requiriendo transportes extraordinarios. Como el país á las márgenes del Rin y del Mein es rico en todo, Napoleón hizo llevar á costa de dinero operarios y materias, y anticipando además fondos á los regimientos, les encargó que se proveyeran por sí mismos de lo que les hiciese falta, y lo ejecutaron con diligencia y buen éxito. Abundando los caballos en aquella comarca, se corrió á comprarlos hasta Stuttgart, y se hallaron muchos, así de tiro como de silla. Tocante á los oficiales, llegaban en los carruajes públicos no pocos de los llamados de España, y Napoleón empleábalos sin demora. Cuando los de este origen no eran bastantes, en las revistas que pasaba personalmente hacía que le designaran los sujetos capaces de llenar los grados vacantes, les entregaba los despachos sin aguardar el trabajo de las oficinas de la guerra, y los daba á reconocer el mismo día en los regimientos. Había dicho que ya no sería el emperador Napoleón, sino el general Bonaparte, y estaba cumpliendo su palabra. A lo más estrictamente necesario redujo sus equipajes, y exigió que los generales imitaran su ejemplo. «Menester es que *seamos ligeros*, decía, porque tenemos que batir á muchos enemigos, y no lo podremos llevar á remate sino multiplicándonos, esto es, andando de prisa.»

Animándolo todo con su presencia de esta suerte, tan luego como tenía un regimiento bajo el doble aspecto del personal y del material cuanto le hacía falta, le enviaba á incorporarse al mariscal Ney en Wurtzburgo, ó al mariscal Marmont en Hanau, ó á la guardia imperial en Francfort. Ésta requería especialmente los mayores cuidados, pues la parte útil se hallaba con el príncipe Eugenio sobre el Elba, los restos que había que reorganizar se encontraban entre Fulda y Francfort, y los mozos procedentes del nuevo alistamiento y destinados á ingresar en sus filas, cubrían los caminos desde París á Maguncia. Además del caballo montado por los jinetes, llevaban otros dos de la brida para aquellos de sus camaradas que volvieron desmontados de Rusia. Napoleón ocupóse en reunir tales elementos, y así la organización de estos diversos cuerpos de tropas fué acelerada hasta lo sumo. Ya se había incorporado al príncipe Eugenio sobre el Elba el cuerpo del general Lauristón, compuesto exclusivamente de cohortes. Prontos se hallaban los de los mariscales Ney y Marmont á entrar en campaña. Desembocaba el del general Bertrand sobre Augsburgo, y allí encontraba la artillería que Napoleón le había enviado para ahorrarle el trabajo de arrastrarla por entre los Alpes, el dinero para comprar dos mil caballos de tiro en Baviera, y los tres mil reclutas destinados al principio á los cuadros vueltos de Rusia y destinados definitivamente al cuerpo que llegaba de Italia. Todo se consumaba tan de prisa, hasta

la instrucción de los soldados, que cotidianamente se detenía á las tropas en la marcha para repetir las maniobras que Napoleón había recomendado especialmente, y consistían en formar el batallón en cuadro, en desplegarle en línea, y después en replegarle en columna de ataque.

De seguro no se forman los buenos ejércitos de este modo; pero cuando, por consecuencia de una política desmesurada, se halla uno condenado á hacerlo todo á escape, no es poca fortuna saber aplicar á la ejecución de las cosas una rapidez de tanta maravilla.

Justo es decir por otra parte que la nación francesa, por su carácter particular, se prestaba á las faltas cometidas por Napoleón de una manera prodigiosa, y hasta era una seducción para arrastrarle á cometerlas. Esta nación impetuosa, inteligente y heroica, que desde los primeros tiempos de sus fastos casi no ha cesado de estar en guerra con Europa, que durante veintidós años de revolución, de 1792 á 1815, no ha descansado un solo día, al par que las naciones con quienes luchaba una tras otra lograban alternativamente reposo, quizá es la única del mundo cuyos hijos se pueden convertir en soldados al cabo de tres meses. Esto era más fácil el año 1813 que nunca. Napoleón tenía sargentos, oficiales y generales consumados amaestrados por espacio de veinte años en la guerra, llenos de ilimitada confianza en sí propios y en su caudillo, que, aun guardando rencor á éste por consecuencia del desastre de Moscou, ansiaban repararlo, y poco tiempo les hacía falta para apoderarse de aquella juventud francesa é infundirle los sentimientos de que se hallaban animados. Con tales elementos aún se podían obrar prodigios. No faltaba más que formar un voto, el de que toda aquella sangre generosa no se derramara sólo para añadir nuevo brillo á una gloria ya harto resplandeciente, y que también sirviera para salvar nuestra grandeza; no la loca grandeza que se jactaba de tener prefectos en Roma y en Hamburgo, sino la grandeza razonable, la que consistía en asentarnos definitivamente en los límites que la naturaleza nos ha trazado, la que gloriosamente nos había conquistado nuestra revolución de 1789, juntando el redondeamiento de nuestro territorio nacional á la promulgación de principios inmortales. Sigamos el curso de estos tristes sucesos, y se verá para qué pruebas estábamos aún reservados.

Napoleón había calculado que, dejando unos treinta mil hombres en Dantzick y en Thorn, y otros treinta mil en Stettin, Custrin, Glogau, Spandau, sesenta mil en totalidad para las plazas del Vístula y del Óder, ya reforzado el príncipe Eugenio por el cuerpo del general Lauristón que le fué enviado en marzo, podría juntar ochenta mil combatientes sobre el Elba. Con ciento cincuenta mil se proponía desembocar de la Turingia, coger al paso cincuenta mil procedentes de Italia, é ir de esta suerte con doscientos mil hombres á alargar la mano á los ochenta mil del príncipe Eugenio. Más fuerzas eran éstas de las que se necesitaban para abrumar á los ciento cincuenta mil soldados que los rusos y los prusianos se lisonjaban de tener disponibles así que empezara la campaña. Después venían los tres ejércitos de reserva, uno formándose en Italia, otro en Maguncia, y el último en Westfalia, todos los cuales debían estar prontos en junio ó julio. Bien había con que hacer cara,

no sólo á los enemigos presentes que íbamos á tener encima en la primavera, sino también á los enemigos futuros que el verano ó la política de Austria pudieran poner en línea algunos meses más tarde.

Como acontece siempre, aquí había engaño, no precisamente respecto de las tropas reunidas, sino de la época en que podrían reunirse, lo cual debía privar á Napoleón de parte de las fuerzas con que contaba para el comienzo de las hostilidades. Así, en lugar de doscientos ochenta mil hombres de tropas activas para últimos de abril ó principios de mayo, sólo iba á tener bajo su mano doscientos mil hombres, bien que presentes en realidad alrededor de las banderas, y bastaban por lo demás para llevar pronto sobre el Elba y el Óder, y aun quizá sobre el Vístula, á los enemigos imprudentes que habían llegado á desafiarlos tan de cerca. Véase el estado y la distribución de las fuerzas á fines de abril y en el momento en que iban á empezar las hostilidades.

Después de dejar veintiocho ó veintinueve mil hombres en Dantzick, y treinta y dos ó treinta y tres mil en las otras plazas del Vístula y del Óder, sumando así los sesenta mil hombres ya indicados, le quedaban al príncipe Eugenio cerca de ochenta mil hombres de tropas activas, bien que no todas bastante disponibles para llevarlas á que se incorporasen á Napoleón cuando éste desembocara en Sajonia. Así el príncipe Poniatowski, rechazado sobre las fronteras de Bohemia, se hallaba separado del príncipe Eugenio por la masa entera de los coligados, que habían pasado el Elba por muchos puntos. De cuantos polacos estaban á nuestro servicio, no se pudo recoger más que la división de Dombrowski, fuerte de dos mil infantes y dos mil quinientos jinetes, ocupados actualmente en reorganizarse en Cassel. Después de la separación de los sajones, del cuerpo de Reynier quedaba la división francesa de Durutte, que había constado de quince mil hombres, y aún tenía cuatro mil después de hacer la campaña de 1812, bien que en Polonia y no en Rusia. A veinticuatro mil estaban reducidos los veintiocho mil hombres de la división de Lagrange y del cuerpo de Grenier, por efecto de los combates cotidianos con los prusianos y los rusos. Colocadas estas tres divisiones, pues el cuerpo de Grenier contaba dos tan sólo, bajo el mando superior del mariscal Macdonald, y confiadas directamente á los generales Fressinet, Gerard y Charpentier, presentaban una tropa excelente después de pasar el invierno ante el enemigo. Finalmente, el cuerpo del general Lauristón que debiera ascender á cuarenta mil combatientes, sólo constaba de treinta y dos mil por efecto de las enfermedades, y del retardo de muchas cohortes, si bien todos hombres hechos, y mandados por jefes de división de mérito reconocido, tales como el general Maisón por ejemplo. De este cuerpo hubo además que destacar á la división de Puthod, á fin de cubrir el bajo Elba, ínterin los mariscales Davout y Víctor con sus batallones reorganizados pudiesen volver á ganar á Hamburgo el uno, y ocupar á Magdeburgo el otro. No obstante, entre estos batallones reorganizados había ocho, los del mariscal Víctor, que hasta ahora se hallaron á disposición del príncipe Eugenio, y que guardaban á Dessau, puesto muy importante, como que estaba situado á poca distancia de la confluencia del Elba y del Saale, y como

que detrás de estas dos vías fluviales debían unirse Napoleón y el príncipe Eugenio. Éste, por último, tenía la caballería remontada en Hannover, que llegaba despacio, y tres mil hombres de la guardia imperial, que debía restituir al grande ejército muy pronto. Por consecuencia de estos destacamentos, de estos retardos, de estas reducciones, no podía el príncipe Eugenio llegar á unirse á Napoleón más que con unos sesenta y dos mil hombres, en lugar de los ochenta mil que pudiera tener disponibles, si no estuviera separado del príncipe Poniatowski, si no estuviera obligado á enviar la división de Puthod al bajo Elba, y si durante el invierno no experimentaran algunas pérdidas inevitables sus cuerpos de tropas. Pero estos sesenta y dos mil hombres estaban todos sobre las armas, animadísimos y muy bien mandados. Distribuidos se encontraban á orillas del Elba, desde Wittemberg hasta Magdeburgo, y prontos á alargar la mano detrás del Saale para unirse á Napoleón, á quien aguardaban con impaciencia. Todos habían recibido recientemente á los prusianos y á los rusos delante de Magdeburgo de tal modo que los hicieron muy circunspectos.

Napoleón había esperado reunir á orillas del Mein ciento cincuenta mil hombres y doscientos mil después que el general Bertrand se le incorporara. Supuso que el mariscal Ney podría tener sesenta mil hombres, el mariscal Marmont cuarenta, el general Bertrand cincuenta, y que la guardia no contaría menos de otros cuarenta mil soldados. Agregando á estas fuerzas alrededor de diez mil hombres de los pequeños príncipes alemanes, debía sumar el guarismo de doscientos mil combatientes en el momento de su aparición en Sajonia. Véase las reducciones á que todavía hubo de someterse al pasar de lo esperado á lo efectivo.

En vez de sesenta mil hombres no tenía más que cuarenta y ocho mil el mariscal Ney, porque le faltaban los bávaros y los wurtembergueses, y sobre todo porque no pudo atraer cerca de sí á la caballería sajona. Cuatro hermosas divisiones francesas de infantería, formadas de las cohortes y de los regimientos provisionales, tenía bajo su mando, con dos meses de instrucción más que las otras, y ejercitadas durante mes y medio á su vista en torno de Wurtzburgo. Cerca de cuarenta y dos mil infantes constaban presentes bajo bandera, y se aguardaba el ingreso de otros siete u ocho mil en sus filas. Agrególes Napoleón á las órdenes del general Marchand y en número de cuatro mil hombres, aquellos de sus aliados que le fueron más obedientes, por estar más próximos á nosotros, como los heseses, los badenses, los francforteses. Mil quinientos artilleros, y quinientos húsares, que componían toda su caballería, elevaban su cuerpo á los cuarenta y ocho mil hombres de que hemos hablado.

No subía á cuarenta mil hombres el segundo cuerpo del Rhin, que se organizaba en Hanau á las órdenes del mariscal Marmont, según se había supuesto, sino á treinta y dos mil tan sólo, por retardarse muchos destacamentos. Teniendo bastantes hombres atrasados la tercera división de este cuerpo, mandada por el general Teste, se hubo de detener para esperarlos antes de juntarse al grande ejército. Cuando estuviera completa debía ir á Hesse, para velar allí por el trono del rey Jerónimo amenazado, recoger al paso á la división de

Dombrowski y reunirse en seguida sobre el Elba al cuerpo del cual estaba destinada á formar parte. Veintiséis ó veintisiete mil combatientes componían las tres divisiones restantes, contándose entre ellos el hermoso cuerpo de infantería de marina; y estaban mandados por jefes de división ilustres, como los generales Compans y Bonnet. Este último era el que tanto se había distinguido en España, lo cual patentiza que Napoleón sacaba de esta comarca lo mejor para oponerlo á la coalición nueva.

Finalmente distaba mucho de estar pronta la guardia imperial, que debía ascender á más de cuarenta mil hombres, sin embargo de la actividad desplegada por Napoleón para reorganizarla. En estado de partir se hallaban cerca de tres mil hombres de infantería de la vieja guardia, ocho ó nueve mil de la joven, más de tres mil jinetes y cuantos artilleros se necesitaban para servir cien bocas de fuego. Estos quince ó diez y seis mil hombres debían recoger los tres mil que el príncipe Eugenio tenía á su lado, y dejaban detrás veinticinco mil hombres en camino, los cuales debían formarse muy pronto en Maguncia, en Hanau, en Wurtzburgo, cuando se les dejara puesto.

El general Bertrand era quien había experimentado menos engaños en la formación de su cuerpo de tropas. Cuatro divisiones llevaba de infantería, tres de ellas francesas y una italiana, constando de treinta y seis á treinta y siete mil infantes y de dos mil quinientos artilleros. En lugar de los seis mil jinetes que se lisonjaba de tener bajo su mano, sólo pudo reunir dos mil quinientos, por no estar prontos á tiempo el regimiento 19 de cazadores y otros dos regimientos de húsares que se formaban en Turín y en Florencia. Añadiendo á este efectivo tres mil alistados que acababa de recoger en Augsburgo, tenía cerca de cuarenta y cinco mil hombres, bien dispuestos y mejor instruidos que los demás de la nueva hueste, porque se componían de cuadros antiguos ó de alistados que contaban de instrucción uno ó dos años. No habiendo mandado nunca el general Bertrand tropas, dióle Napoleón para que le ayudara el general Morand, antiguo compañero de Friant y de Gudin en el primer cuerpo y uno de los mejores del ejército. No podía Napoleón dejarle cuatro divisiones, á causa de no tener más que tres la mayor parte de los mariscales. Le conservó las divisiones de Morand y de Pegri, ésta italiana, que se hallaban delante de las otras, y destinó al mariscal Oudinot las divisiones de Pacsod y de Lorencez, que se habían quedado á retaguardia. Cuando se pudiera atraer á los wurtembergueses y á los bávaros debían suministrar una tercera división, los primeros al general Bertrand y los segundos al mariscal Oudinot.

Teniendo en cuenta estas diversas reducciones, con los cuarenta y ocho mil hombres del mariscal Ney, con los veintisiete mil del mariscal Marmont, con los quince mil de la guardia, con los cuarenta y cinco mil del general Bertrand, podía Napoleón desembocar en Sajonia al frente de ciento treinta y cinco mil hombres y de trescientas piezas de artillería, dar la mano al príncipe Eugenio, que le aguardaba junto al Elba con sesenta y dos mil hombres y cien bocas de fuego, y oponer así al enemigo doscientos mil combatientes, presentes bajo banderas. Estos doscientos mil combatientes debían ser

completados por otros cincuenta mil muy pronto, y seguidos por tres ejércitos de reserva, con los cuales se elevarían nuestras fuerzas lo menos á cuatrocientos mil soldados. Resultado prodigioso era éste, sobre todo cuando se considera que Napoleón sólo tuvo tres meses para reunir estos elementos dispersos ó casi destruidos, y aún era resultado poco creíble. Así los alemanes, cuyo odio se exhalaba tanto en burlas como en gritos de rabia, publicaban caricaturas representando destacamentos de soldados que salían de Maguncia por una puerta y entraban por otra, con el objeto de simular que pasaba el Rhin una serie incesante de tropas. Ahora había que dar crédito á este prodigio y que temer sus resultados, viendo los cuerpos franceses desfilan en largas columnas de Maguncia sobre Francfort, y de Francfort sobre Fulda ó sobre Wurtzburgo. Verdad es que los tiros de la artillería estaban compuestos de potros, casi todos con mataduras por efecto de su edad y de la inexperiencia de sus conductores; verdad es que la caballería era casi nula, y que los mariscales Ney y Marmont sólo tenían quinientos hombres de á caballo cada uno para las exploraciones, y el general Bertrand dos mil y quinientos; verdad es que, para formar una reserva de gruesa caballería capaz de cargar en línea, había que contentarse con tres mil cazadores y granaderos de á caballo de la guardia, con cuatro ó cinco mil húsares y coraceros llevados de Hannover por el general Latour Maubourg, y casi todos montados en caballos que apenas tenían la edad del servicio; pero había que contar con el espíritu que animaba al conjunto. Aquellos generales, aquellos oficiales, procedentes unos de España ó de Italia, salvados otros milagrosamente de Rusia y aplacados después de un momento de ira, sentíanse indignados al ver que se ponía en duda, no la gloria de Francia, sino su poderío; por restablecerlo estaban resueltos á esfuerzos extraordinarios, y aun censurando la política del que les condenaba á estos desesperados esfuerzos, de tal modo habían comunicado su espíritu á sus jóvenes soldados, que éstos, arrancados trabajosamente poco antes del seno de sus familias, mostraban singular ardimiento, y prorumpían en el grito de *viva el emperador!*, siempre que veían á Napoleón, á Napoleón, autor de las sangrientas guerras en que iban á perecer todos, autor detestado por sus familias, poco antes detestado por ellos mismos, y censurado cotidianamente y sin recato en los vivaques y en los estados mayores. ¡Noble y conmovedora inconsecuencia de la desesperación del patriotismo!

Después de dar la última mano á sus aprestos dejó Napoleón el 26 de abril á Maguncia, visitó sucesivamente á Wurtzburgo y Fulda, y dirigióse á Weimar, donde le había precedido el mariscal Ney á la cabeza de sus jóvenes y bizarras divisiones. Su plan, concebido con la rapidez y seguridad habituales de su golpe de vista, consistía en dejar que los coligados, ya más allá del Elba, se adelantaran cuanto fuera de su gusto, aun hasta el alto Saale, luego en dirigirse personalmente sobre Erfurt y Weimar, en desfilan detrás del Saale como detrás de una cortina (frase de sus despachos), en incorporarse el príncipe Eugenio hacia Naumburgo ó Weissenfels, en pasar acto continuo este río en masa, y en coger así de flanco al enemigo hacia los alrededores de Leipsick á la cabeza de doscientos mil hombres. Si

le ayudaba la fortuna, se podía prometer de este plan los resultados más insignes. Después de vencer á los coligados en una gran batalla, podía apoderarse de bastante número de ellos, arrollar más allá del Elba y del Óder á los que no aprisionara, levantar el bloqueo de las guarniciones de las plazas de este último río, entrar en Berlín nuevamente victorioso, volverse á poner en comunicación con Dantzick, y presentar más terrible que nunca el león, á quien se creía abatido.

Con estas miras hizo que el mariscal Ney marchara á la cabeza, y dirigióle sobre Erfurt, Weimar y Naumburgo, para ocupar los pasos del Saale, antes que el enemigo tuviera tiempo de tomarlos. Hasta le previno que ocupara los conocidísimos pasos de Saalfeld, de Jena, de Domburgo, que no cruzara el Saale, sino que lo guardara tan sólo, y empujó hacia él al general Bertrand, seguido á poca distancia del mariscal Oudinot por Bamberg y Coburgo sobre Saalfeld. Menos indecisos los reyes de Baviera y de Wurtemberg en su conducta, el primero después de abortadas las intrigas del Austria, el segundo por consecuencia del prodigioso desarrollo de nuestras fuerzas, pusieron al fin en movimiento cada uno seis ó siete mil hombres, de manera de suministrar dos divisiones más, una para el general Bertrand, otra para el mariscal Oudinot, lo cual debía elevar nuestras fuerzas concentradas á muy cerca de doscientos doce mil hombres. Al mismo tiempo mandó Napoleón al príncipe Eugenio que avanzara en masa en dirección de Dessau, bastante cerca del punto donde se confunden el Saale y el Elba, y que remontara hasta la altura de Weissenfels el primero de estos ríos. Personalmente seguía al mariscal Ney y al general Bertrand con la guardia y el cuerpo del mariscal Marmont.

Se hallaba el 26 de abril en Erfurt, el 28 en Eckartsberg cerca del célebre campo de batalla de Auerstaed. Por dondequiera había enviado inmensas provisiones, á Wurtzburgo, que pertenecía al hermano del emperador Francisco, á Erfurt, que pertenecía á Francia, á Weimar, á Naumburgo, que pertenecían á las casas de Sajonia. A fuerza de dinero había vencido el patriotismo germánico, algo menos ardiente en estas comarcas que en las otras. De consiguiente podía esperar que vivieran sus soldados sin necesidad de cometer desórdenes hartos grandes. Ahora su operación delicada era el doble movimiento á lo largo del Saale, consistente para él en bajarlo, para el príncipe Eugenio en subirlo, y cuyo resultado debía ser reunir en una sola masa los doscientos doce mil hombres disponibles. Aunque muy próximos á él los coligados, no tenían bastantes informes, ni estaban bastante alerta para adivinar su maniobra y desbaratarla; pero se hallaban muy cerca, y con un solo paso podían interrumpirla y hacer que fracasase.

Hasta ahora habían trabajado lo posible por emplear útilmente su tiempo, si bien no salieron tan airosos como Napoleón de su tarea. Según se ha visto, el ejército ruso había padecido casi tanto como nosotros durante la retirada de Moscu, y no contaba más que cien mil hombres, que apenas había tenido espacio de reclutar y que se hallaban dispersos desde Cracovia hasta Dantzick. Cerca de veinte mil rusos, á las órdenes de los generales Sacken y Doctoroff, se oponían á los polacos y á los austriacos en torno de Cracovia: veinte mil habían quedado delante de Thorn y Dantzick: ocho ó

nueve mil, á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff, hacia Hamburgo y Lubeck sobre el bajo Elba: diez mil habían seguido á Wittgenstein más allá de Berlín, y con el cuerpo prusiano de York observaban á Magdeburgo: doce mil, los más de ellos de á caballo, habían pasado á las órdenes de Wintzingerode el Elba por Dresde: finalmente, treinta mil, componiendo el cuerpo principal y consistentes en la guardia, los granaderos y el resto del ejército de Kutusoff, se habían quedado con el cuartel general junto al Óder.

Los prusianos habían reconstituido su ejército con una prontitud que revelaba una organización secreta y prolijamente preparada.

Según los tratados que les enlazaban á Napoleón, no podían tener sobre las armas sino cuarenta y dos mil hombres, de los cuales tuvieron que darnos veinte mil para hacer con nosotros la última campaña, y de cuyos veinte mil habían perecido más de la tercera parte. Pero mantuvieron cuadros numerosos, y licenciaron temporalmente á las ciudades y los campos soldados formados del todo, y que sólo aguardaban una señal para volver á sus banderas. Por este medio y con los alistamientos espontáneos de la juventud prusiana pudieron juntar ciento veinte mil hombres, sesenta mil de ellos de tropas activas perfectamente instruídas, cerca de cuarenta mil de tropas que se estaban formando con destino á unirse á las primeras, y cerca de veinte mil en las plazas. Esperanza tenían de elevar este armamento á ciento cincuenta mil hombres, y de poner en línea á cien mil de ellos, si recibían pronto los subsidios ingleses. La juventud de las escuelas y del comercio llenaba los batallones de cazadores de á pie, agregados á los regimientos de infantería; la juventud noble ó rica entraba en los cazadores de á caballo, agregados á cada regimiento de caballería.

Por de pronto, descontando la gente que habían de dejar detrás, ó que emplear en el bloqueo de las plazas, ó que enviar á correrías distantes hacia las extremidades de su línea, sólo podían los coligados presentar sobre el campo de batalla, á su derecha el cuerpo prusiano de York, que desde su defección no había abandonado al cuerpo ruso de Wittgenstein y que, reunido á éste, formaba una masa de treinta mil hombres; en su centro el cuerpo de Wintzingerode, de doce y quince mil hombres de caballería y de infantería ligeras, marchando de vanguardia; en segunda línea y siempre por el centro á Blücher con veintiséis mil prusianos y á Kutusoff con treinta mil rusos; finalmente, á su izquierda, bien que fuera de alcance, diez ó doce mil hombres á las órdenes del general Sacken, esto es, un total de ciento diez ó ciento doce mil combatientes. No eran muchos en proporción de tanta osadía, de tanta arrogancia y tantas galanas promesas divulgadas por toda Europa, á fin de sublevarla contra nosotros.

Con un socorro habían contado los coligados, que se hacía esperar todavía, el del príncipe Bernadotte. En la entrevista de Abo convino el futuro rey de Suecia con Alejandro en concurrir á los esfuerzos de la coalición por medio de treinta mil suecos, á los cuales se juntarían quince ó veinte mil rusos, sobre quienes ejercería el mando. Para facilitar la organización de este ejército, otorgaron los ingleses un subsidio de veinticinco millones de francos. Según se ha visto, la Noruega debía ser

el galardón de la guerra hecha á Francia. Para encadenar al príncipe Bernadotte con un pacto infernal, por decirlo así, querían los ingleses añadir á la Noruega la isla de Guadalupe, uno de los despojos de Francia. Sin embargo, no se apresuraba á satisfacer sus compromisos, y ante todo discurría enviar sus tropas á Noruega para apoderarse del premio prometido á su defección. Se trataba de disuadirle, especialmente por miramiento á Dinamarca, á la cual se esperaba atraer á la coalición, ofreciéndola una compensación, ya en la Pomerania, ya en los territorios anseáticos. No daba oídos el príncipe real de Suecia á estas manifestaciones, y persistía en no ocuparse más que de la Noruega. Así la coalición abundaba en desconfianzas respecto de su persona, desconfianzas harto concebibles, porque en el mismo instante numerosos emisarios, que se sucedían en París unos á otros, afirmaban que el partido del antiguo mariscal Bernadotte no estaba aún tomado, y que mediante algunas ventajas se le podría atraer á mejores sentimientos respecto de Francia.

Privados de este socorro, privados del de Austria que aún no se había unido á ellos, por querer antes apurar todas las eventualidades de una solución pacífica, y además por no hallarse todavía pronto, habían resuelto los coligados recibir el choque de Napoleón con sus ciento doce mil hombres y hacer más todavía, ir á chocar con su hueste. Al principio dudaron ó fingieron dudar de la extensión de sus fuerzas; luego, cuando ya no les fué posible ponerlas en duda, negaron la calidad de ellas, sosteniendo que eran niños llevados por viejos, y que no tenían por qué inquietarse de su número los mejores soldados de Rusia y Prusia, animados del patriotismo más ardiente. Además, estaban en llanos, y sus jóvenes infantes no resistirían el choque de una caballería la más numerosa y excelente de Europa.

Después de tantas jactancias, repasar el Elba al aproximarse Napoleón fuera difícil y aun peligroso. De este modo se desalentaron hondamente los espíritus en Alemania, después de excitarlos de una manera tan prodigiosa; y sobre todo alejándose entonces, se restituyera á Napoleón el Austria. Fuerza era, pues, combatir en la posición que se tenía, y sin embargo, en la impaciencia de seguir el avance para emancipar nuevos puntos de Alemania, fué más allá del Elba, pasando á la izquierda, esto es, por Dresde, no pudiéndolo pasar hacia la derecha por causa de Magdeburgo, y empeñándose de esta suerte en un verdadero mal paso. Efectivamente, entre el príncipe Eugenio por una parte, las montañas de Bohemia por otra, y Napoleón por delante, se corría el riesgo de recibir un fuerte ataque por el frente al par que se sufriera un golpe mortal por el flanco. El prudente Kutusoff, convertido en una especie de oráculo después de sus triunfos, no amando á los alemanes ni sus patrióticas demostraciones, persistía en decir que era forzoso atenerse á lo llevado ya á remate, guardar el gran ducado de Varsovia, concluir á este precio la paz con Francia, y retornar al país propio. Alejandro, fijo en su papel de libertador de Alemania, que le seducía entonces tanto como después de lo de Tilsit le sedujo el de conquistador de Constantinopla, sentíase contrariado singularmente por esta oposición, que no osaba desestimar hasta el punto de no contarla para nada. Así mientras Wintzingerode, marchando con

el ardiente Blücher, cruzó ya á principios de abril el Elba, permanecía detrás el cuerpo de batalla de los rusos, y no entró en Dresde hasta el 26, día mismo de la llegada de Napoleón á Erfurt. Pero de repente, agotado Kutusoff de fuerzas de resultas de la última campaña, y expirante en cierto modo en medio de sus triunfos, pasó en Bunzlau de esta vida á otra. Desde entonces las consideraciones de prudencia perdían al único jefe bastante acreditado para hacerlas valer sobre el ánimo de Alejandro, y rodeado éste de alemanes entusiastas, ya no debía pensar más que en tomar la ofensiva cuanto antes. No se ponía en cuestión lo de dar batalla, ni dónde, ni cómo, con tal de que fuera en las llanuras de Sajonia, donde la caballería de los coligados debía tener tanta ventaja contra los franceses, que sólo presentaban una infantería bisoña sin tropas de á caballo.

Continuóse, pues, avanzando los días 27, 28 y 29 de abril, entre el príncipe Eugenio, que se hallaba en la confluencia del Saale y el Elba, y Napoleón, que venía de la selva de Turingia. Ciertamente hubiera un medio de conjurar el peligro de esta posición, y lo proporcionarían la rápida traslación á Leipsick, Lutzen, Weissenfels y Naumburgo, con los cien mil hombres disponibles, descontando el cuerpo de Sacken dejado en Polonia, el corte de la línea del Saale, y la interposición entre el príncipe Eugenio y Napoleón para impedir que se incorporaran uno á otro. Esta operación naturalmente indicada era muy practicable, hallándose desde el 28 entre el Pleiss y el Elster á la altura de Leipsick. Pero para llevarla á cabo se necesitara que alguien mandase, y habiendo Kutusoff muerto, quedando de única autoridad militar el emperador Alejandro, oyendo éste los dictámenes todos sin adoptar ninguno, no se hacía más que seguir el avance con el deseo al par que el temor de encontrar á Napoleón. A causa de la importancia del papel de los rusos, habíase convenido en que el mando sería de ellos, y vanamente se buscaba á quién fiarlo. Tormazoff era el más antiguo de los generales, si bien el de menos capacidad entre todos. Wittgenstein, singularmente alabado por haber defendido el Dwina contra los franceses, que no querían cruzarlo, se hallaba muy en favor y encargado de mandar cuando se estuviera delante del enemigo. Pero sus exageradísimos triunfos tampoco eran obra suya; se debían á su jefe de estado mayor el general Diebitch, oficial emprendedor, hombre de mucho espíritu y de grandes talentos militares, dando su dictamen sin lograr que se siguiera. No podía, pues, ser el mando ni pronto, ni seguro, ni obedecido, y entretanto empujóse por delante hasta la altura de Leipsick á Wittgenstein y York hacia la derecha en dirección de Halle; á Wintzingerode de vanguardia sobre Lutzen; á Blücher y al grueso del ejército ruso hacia el centro entre Rotha y Borna; á Miloradowitch hacia la izquierda sobre el camino de Chemnitz, que lame la falda de las montañas de Bohemia, para guarecerse por este lado, si Napoleón se presentaba allí casualmente. Se marchaba sabiendo que éste se movía hacia adelante, pero no fijándose en una cosa fácil de adivinar sin duda, cual era que, en lugar de seguir á lo largo de las montañas de Bohemia al salir de la selva de Turingia, tomaría la dirección opuesta y bajaría el Saale á fin de juntarse al príncipe Eugenio

Conociendo Napoleón á sus enemigos, ya se le alcanzaba que no harían lo necesario para impedir que se uniera al virrey de Italia, y sin embargo nada omitió para asegurar el éxito de su empresa, como si se hallara en presencia del enemigo más perspicaz y vigilante. Llegado, según hemos dicho, el 28 de abril á Eckartsberg, llevó adelante á lo largo del Saale al mariscal Ney, al general Bertrand y al mariscal Oudinot, de manera de cerrar sucesivamente las avenidas todas. Al propio tiempo atrajo á su lado por un movimiento contrario al príncipe Eugenio, haciéndole remontar el Saale por Halle y Merseburgo. A Ney seguía con Marmont y la guardia. Para operar la incorporación proyectada, ya no quedaba el día 28 más que ocupar el espacio comprendido entre Merseburgo y Naumburgo, yendo al encuentro del príncipe Eugenio á Weissenfels, que se halla entre ambas poblaciones. Para hacer Napoleón infalible en cierto modo el éxito de su maniobra, no se satisfizo con disponer que Ney y Eugenio avanzaran uno hacia otro para juntarse hacia Weissenfels, sino que destacó del cuerpo de Marmont la división de Compans, la mejor mandada y la más numerosa, y dirigióla hacia la izquierda sobre Freyburgo, con el fin de que, doblando las cabezas de columna de Ney y de Eugenio, fuese á formar entre uno y otro una especie de soldadura. Estos movimientos fueron ordenados desde Eckartsberg el día 28 por la noche, para que se ejecutaran al siguiente. Ney debía bajar el Saale de Naumburgo á Weissenfels con sus dos primeras divisiones, pasar el río á la altura de este punto, y señorearlo mientras le siguieran sus otras divisiones, y mientras Bertrand y Oudinot fueran á ocupar las avenidas por él abandonadas de Jena, de Dornburgo y de Naumburgo. Por su parte el príncipe Eugenio debía remontar el Saale, el cuerpo de Lauristón hasta la altura de Merseburgo y más arriba, á fin de dar á Ney la mano. Estas diversas instrucciones se hallaban trazadas con exactitud y previsión admirables. Por lo demás no suponiendo Napoleón que el enemigo estuviese tan cerca con la masa de sus tropas, permaneció todavía en Eckartsberg personalmente para poner orden en la cola de sus columnas.

Efectivamente, el mariscal Ney bajó el 29 el Saale, cruzólo algo más arriba de Weissenfels, sobre puentes que ningún trabajo le costó echar encima, y adelantóse por las inmensas llanuras que se extendían más allá de este río. Lutzen se halla en el seno de estas llanuras, Lutzen hecho ya célebre por Gustavo Adolfo, y que Napoleón debía hacer todavía más famoso algunos días más tarde.

Según las instrucciones tácticas de Napoleón, marchaba Ney por la llanura de Weissenfels con la división de Souham formada en muchos cuadros. Por las avanzadas de caballería supo sin ningún linaje de duda que Wintzingerode se aproximaba con sus numerosos escuadrones. Este general alemán, jefe de la vanguardia rusa, tenía bajo sus órdenes la división de infantería del príncipe Eugenio de Wurtemberg, y ocho ó nueve mil hombres de soberbia caballería. Aquel mismo día pasó más acá de Weissenfels para averiguar junto al Saale noticias de los franceses. Ney presentóse á dárselas muy pronto.

Viendo nuestros reclutas á los enemigos por vez primera, si bien conducidos por oficiales que delante de ellos habían pasado su vida, y por un mariscal cuya